

LAS DIVERSIONES CALLEJERAS EN LA LITERATURA COSTUMBRISTA

M.^a DE LOS ÁNGELES AYALA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Lo que pretendemos analizar en este trabajo, las diversiones callejeras, está relacionado, en gran medida, con el concepto de folklore, entendiéndolo no como lo hizo el arqueólogo William Thoms, fundador e impulsor de estos estudios desde las páginas de una publicación que se editaba en Londres en 1846, *The Atheneum*, pues lo que Thoms proponía era coleccionar y estudiar las tradiciones y leyendas antiguas populares. Nosotros preferimos la concepción que sobre el folklore poseía el gran impulsor de estos estudios en España, Antonio Machado Álvarez, *Demófilo*, pues éste aumentó, en palabras de Carreras y Candi, «considerablemente el contenido del inglés, al extenderlo a todas las manifestaciones populares, y no sólo pretéritas, con un fin de reconstrucción retrospectiva, sino también presentes, para llegar a un total conocimiento del espíritu y de la vida del Pueblo en el pasado y en el presente (Carreras y Candi, 1931, I: 11). Desde esta perspectiva la literatura de carácter costumbrista, especialmente su modalidad más clásica, el artículo de costumbres, ofrece una información singular sobre las costumbres, hábitos y modo de ser la sociedad del siglo XIX, convirtiéndose no sólo en documento imprescindible en la reconstrucción de dicha sociedad y del alma del pueblo, sino en el estudio precursor de los que más tarde realizarán etnógrafos, folkloristas o recuperadores de la tradición oral.

En el presente trabajo nos centraremos en un aspecto concreto, en el de las diversiones callejeras, pues el comportamiento y forma de diversión de las personas de este siglo, permite, al menos parcialmente, una reconstrucción de lo que hay de eterno y nuevo en la esencia del pueblo español. Los escritores costumbristas, atentos siempre a las manifestaciones de su propia sociedad, no olvidaron recrear artísticamente esos espacios públicos donde se agolpaba, a la llamada de un determinado acontecimiento, gran cantidad de individuos. Es obvio que la celebración de fiestas populares relacionadas con la festividad del santo o patrón de la localidad o vinculadas a fiestas paganas es un asunto grato para estos escritores. En este sentido cabría destacar, entre otros muchos, los artículos dedicados a las romerías, en número abundante, pues difícil es hallar algún punto de la geografía española en que no esté arraigada esta costumbre, tal como se evidencia de manera clara en una de las colecciones costumbristas que se editan durante el último tercio de siglo: *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas* (1872, 1983 y 1876). Colección que por sus propias características, pintar a la mujer de cada una de las provincias españolas, recoge en sus páginas la descripción pormenorizada de todos aquellos aspectos que determinan su vida en un contexto geográfico específico, de ahí que en las colaboraciones que la configuran se atienda tanto a la descripción física y moral, como a las actividades que desarrolla, vestimenta y las diversiones tradicionales en las que participa, entre las que no faltan las mencionadas romerías. No nos detendremos en las descripciones de ellas, pues

no constituyen por sí mismas un artículo de costumbres, sino que se configuran como un ingrediente más del cuadro general de la mujer estudiada. Solo nos interesa dejar constancia de su existencia en esta magna colección de 1872, al igual que señalar que en sus artículos las romerías constituyen la principal fiesta y diversión de todos estos contextos geográficos analizados, un acontecimiento que sus habitantes esperan con idéntica ilusión año tras año. Romerías vinculadas a fiestas patronales o religiosas y que, sin embargo, adquieren tintes paganos, pues admiten desde aspectos puramente mercantilistas –compraventa de objetos y animales- hasta burlas y galanteos amorosos. Leopoldo Augusto de Cueto en su cuadro *La mujer de Guipúzcoa* (1872: Vol. I, pp. 251-268) resume con nitidez estos dos aspectos al señalar que la romería permite a los jóvenes manifestar al unísono su alegría y devoción¹. Espacio, pues, privilegiado para que el escritor engarce la manifestación del sentimiento religioso con la descripción de un sinfín de juegos lúdicos, acompañados de la enumeración y pintura de bailes e instrumentos musicales propios de la región.

Mayor interés despiertan los artículos que tienen como único objetivo la descripción de la romería en sí, como sucede, entre otros muchos, con los cuadros debidos a Mesonero Romanos «La romería de San Isidro», Hermilio Alcalde del Río «A la romería» (1914: 280-281), Domingo Cuevas «A San Andrés» (1893: 203-213), Demetrio Duque y Merino «Una romería» (1888), A. Olavarría «Fin de la romería» (1895), *Pepín* «Una romería en mi tierra» (1906), José M^a de Pereda «La romería del Carmen» (1989: 253-263), Fernando Segura «Fin de la romería» (1895), Federico Moja y Bolívar «La romería de San Isidro» (1873: 115-166), Ricardo Sepúlveda «La romería de San Isidro» ([1882]: 457-462) o la anónima «Una romería en las montañas de Santander» aparecida en el *Semanario Pintoresco* en 1844. Igual interés presentan los artículos que centran su mirada en otras celebraciones y fiestas vinculadas al calendario religioso, como, por ejemplo, «En San Antón» de Eduardo de Cortázar (1873:427-432), «La bajada del Ángel» de Vicente de la Fuente (1951: II, 75-77), «Octava de Corpus» de Juan Cortada (1951: II, 129-137), «Víspera del Corpus» (1951: II, 131-153) y «Agosto. Día 15» (1951: II, 134-138) de José de Manjarrés, «La rifa andaluza» de Serafín Estébanez Calderón (1955: Vol. I, 139-144), «La Semana Santa en Toledo», de Bécquer (1951: II, 299-304), «Mayo y los 'Isidros'» de Pérez Galdós (1923: 154-159), «Las cofradías de madrugada» de Salvador Rueda (1951: II, 841-857), «La Semana Santa en Sevilla» de Nicolás Díaz de Benjumea ([1882: 104-113, 183-191 y 308-317] o «La fiesta del Santo» de Enrique de Salazar ([1882]: 662-687), entre otros muchos. Textos que entroncan con otros documentos literarios que nos remiten a siglos anteriores y que también se proyectan en la literatura posterior. Sólo como botón de muestra cabe señalar, por ejemplo, los cuadros debidos a Juan de Zabaleta, «Santiago el Verde en Madrid» (1951: I, 247-251) y «El Trapillo» (1951: I, 251-255), pertenecientes a *Un día de fiesta por la tarde* o «Romería de San Isidro» de Gutiérrez Solana (1951: II, 1160-1161) y «La Paloma» (1951: II, 1284-1285) y «San Isidro» (1951: II, 1285-1290) de Carlos Sainz de Robles.

En estos artículos en los que se entrecruzan los elementos folclóricos con los propiamente costumbristas se observa la mencionada amalgama de fervor religioso, fiesta lúdica y aprovechamiento mercantilista que ya hemos subrayado al mencionar *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas*. Desde una lectura diacrónica se observa, por un lado, un incremento notable en el número de celebraciones a medida que nos acercamos a finales de siglo, tal como subraya A. Sánchez Pérez:

¹ Devoción y diversión que, en ocasiones, como recoge Carlos Frontaura en «La mujer de Oviedo», terminan de forma accidentada: «No es muy difícil que en el momento en que la alegría es mayor, más compacta la muchedumbre, y la hora más cerca del anochecer, se oiga un ruido seco, un grito después, y que las carreras y los chiquillos de las mujeres anuncien a todos que por lo menos aquella romería concluye a palos. En no muy lejanos tiempos estas luchas eran terribles, y más de un mozo quedaba en el campo para atestiguar lo rudo del combate» (1873, II: 267).

La verbena de San Antonio de la Florida, que es: *la primera verbena que Dios envía*, las de San Juan, San Pedro, la Virgen del Carmen, Santiago, San Lorenzo, San Cayetano, San no sé qué ni sé cuántos: la romería de San Isidro, las ferias, las pascuas de Navidad, las semi-romerías de San Antón y San Ildefonso, proporcionan al curioso una serie nunca agotadas de distracciones que, si a mirar y oír te limitas, entran de lleno en el gremio de las baratas (1873: 368).

Por otro, los autores de estos cuadros destacan que el ingrediente lúdico se sobrepone al religioso, de manera que la devoción al patrón de la localidad o la veneración a un santo es una mera excusa para abandonar la ciudad y pasar unas horas en el campo, lugar donde la seriedad y la rigidez de costumbres propias de la época se relajan y las relaciones personales alcanzan una mayor familiaridad, como señala, por ejemplo, Federico Moja y Bolívar (1873: 157-166). El carácter lúdico de tales manifestaciones se pone de relieve en las tradicionales verbenas que suelen celebrarse como epígono de las celebraciones religiosas, tal como se describe, entre otros muchos, en «La verbena. Cuadro popular» de Antonio F. Grilo ([1882]: 69-72) y «Verbenas» de Antonio Flores (1844).

También es muy patente que el espíritu mercantil de los españoles de estas fechas se manifiesta en estas romerías y celebraciones, especialmente en poblaciones como Madrid, foco turístico importante. Los madrileños conscientes de la riqueza que generan estas festividades no dudan en engalanar la ciudad y proporcionar a los visitantes todos los atractivos posibles para que gasten sus ahorros en tiendas, teatros y fondas. Beneficio económico que alcanza a los humildes individuos que instalan en torno a la ermita circo ambulantes, Tío Vivo, teatrillos de guiñol o los consabidos puestos de comida en los que los madrileños y visitantes sacian sus necesidades. Eduardo Cortázar nos ofrece un significativo ejemplo de lo que acabamos de señalar en «En San Antón», pues dibuja con acierto la bulliciosa feria que se extendía desde la calle de Hortaleza a la de la Montera de la capital de España, vías que en estas fechas admitían un extraordinario número de puestos de venta ambulante, en los que se exponían desde los dulces tradicionales de esta festividad -panecillos de santo y las rosquillas de Fuenlabrada- hasta hilos, sedas, pañuelos, muñecas de barro, cucharas de palo, entre otros muchos objetos. No obstante, el autor es consciente de la devoción que los madrileños sienten por San Antonio Abad, pues año tras año, acuden el 17 de enero al tradicional desfile de animales que, según la costumbre inmemorial, era bendecido por un fraile desde una ventana de la Iglesia del Colegio de Escuelas Pías de San Antón situada en la mencionada calle Hortaleza:

Todos a porfía rinden homenaje a San Antón, presentando en ofrenda su cabalgadura, ya asnal, ya mular, ya caballar, porque San Antón la sacará de buen año, porque San Antón la mantendrá gorda y lucida, porque la cebada que coma allá junto a San Antón la librá de males y enfermedades propias (1873: 432).

Otro ejemplo significativo lo encontramos en la colaboración de Nicolás Díaz de Benjumea ([1882: 104-113, 183-191 y 308-317], quien traza con brillantez el rico colorido de la Semana Santa sevillana y esboza, a la vez, los distintos fenómenos pseudo-religiosos que allí se suceden². Artículo sumamente interesante, pues el lector se enfrenta a la realidad descrita en virtud de un choque de perspectivas protagonizado por cuatro individuos distintos: el propio autor, un sevillano, que habitualmente reside en Madrid, D. Peregrino,

² Nicolás Díaz de Benjumea describe la semana santa sevillana a través de tres artículos que aparecen de forma independiente en *Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos pintados por sí mismos*. No obstante, se trata de un único artículo y quizás la extensión del mismo es el motivo por el que aparezca troceado en tres entregas. Todas ellas llevan el mismo título «Semana Santa en Sevilla», distinguiéndose tan solo por los subtítulos -Cuadro I, Cuadro II y Cuadro III- respectivamente-. (Benjumea, 1882: 104-113, 183-191 y 308-317)

visitante de otra región peninsular y, por último, desde la perspectiva de un miembro de una familia sevillana fuertemente enraizada en la celebración de estos actos religiosos. Nicolás Díaz de Benjumea a través de estas distintas formas de valorar lo observado subraya cómo una fiesta de carácter religioso ha pasado a convertirse, propiciada por la burguesía, en una fiesta mundana que rivaliza con otras del almanaque social del gran mundo. Sin embargo, como también señalaba Eduardo de Cortázar, no todo se reduce a un afán de lucro y diversión, pues el escritor asegura que en las calles se vive con auténtico fervor estas estéticas manifestaciones, siendo muchos los sevillanos que, dejando a un lado la parafernalia orquestada alrededor de la religión católica, experimentan una fe auténtica al contemplar en las calles las bellas imágenes de Cristo y la Virgen y al escuchar las emocionadas y sinceras saetas cantadas con profundo fervor.

Las grandes transformaciones urbanísticas que ciudades como Madrid y Barcelona experimentaron a lo largo del siglo XIX convirtieron a estas urbes en lugares privilegiados de atención para estos costumbristas, pues en sus calles podían observar a un buen número de españoles que desde lugares distintos de la geografía peninsular acudían a resolver sus negocios o disfrutar de sus indiscutibles atractivos. No es extraño, pues, que calles y paseos, principalmente de Madrid, sean objeto de una numerosa producción de artículos de costumbres. Recordemos, entre otros muchos, los debidos a Modesto Lafuente «El paseo de Atocha» (1951: II, 24-27)-, Neira de Mosquera «Personas que impiden el paso en las aceras de Madrid» (1848: 385-386)-, Antonio Flores «La Puerta del Sol en 1850» (1893: I, 37-50)-, Palacio Valdés «El Retiro de Madrid» (1884: 5-40), «El paseo de Recoletos» (1844: 167-172) y «La Castellana» (1884: 173-180)-, Mesonero Romanos «El observatorio de la Puerta del Sol» (1967: II, 9-12), «La calle de Toledo» (1967: I, 45-48), «El Prado» (1967: I, 76-81), «Paseo por las calles» (1967: I, 217-221)-, Eusebio Blasco «La playa de Recoletos» (1951: 927-929)-, Manuel del Palacio «La Puerta del Sol» (1873: 9-14)-, Adolfo Mentaberry «Los jardines del Retiro» (1873: 255-264)-, Vital Aza «Las fieras del Retiro» (1873: 287-300)-, Fernando Santoyo «La Carrera de San Jerónimo» (1873: 437-446)-. En los artículos correspondientes al periodo romántico ya encontramos referencias al cambio experimentado en la fisonomía de Madrid, como se aprecia en el divertido artículo de Modesto Lafuente «Madrid en 1850 o aventuras de don Lucio Lanzas» perteneciente a su *Teatro Social*, en el que con su acostumbrada sorna refleja el asombro que experimenta don Lucio, español que ha permanecido fuera del país durante diez años, y que al volver y contemplar la ciudad de Madrid está convencido de que por una misteriosa peripecia ha sido transportado de nuevo a las ciudades europeas de las que salió, artículo que se adecua a la censura de la influencia francesa sobre nuestra sociedad:

Por todas partes encontrará casas nuevas, vistosas y elegantes; calles antiguas con nombres nuevos; unas con pavimento en forma convexa a estilo de París, otras empedradas de adoquines a estilo también de París, otras con aceras de asfalto al uso igualmente de París, otras soldadas de cuñas de madera a imitación de París, con pasadizos o pasajes cubiertos al uso de París, todo lo cual le haría dudar de nuevo si se halla en París o Madrid, si la forma y posición topográfica que aún conservarán algunas calles o le certificara hallarse en el Madrid del año 40, corregido y aumentado (1951: 30).

Madrid ofrece al escritor de costumbres y, por ende, a sus visitantes, un grato espectáculo. El bullicio de sus calles y paseos es uno de los grandes atractivos que la villa ofrece a todos aquellos que la visitan, pues como señala Neira de Mosquera en «Personas que impiden el paso en las aceras de Madrid»:

En las aceras de las principales calles de Madrid es donde se pueden distinguir y apreciar los caracteres más originales y las caricaturas más extravagantes. Allí se encuentran el cesante, el pretendiente, el vago, el forastero, el jugador, el espía, el vendedor de relojes y perros, los perros, el aficionado a la política, el pobre de San Bernardino, el elegante, el periodista y el

curioso, ese tipo madrileño que recorre todas las calles, se detiene en todas las esquinas, lee los carteles de las obras y los letreros de los bodegones, asiste a los incendios y a las revistas de comisario, y que llega a la puerta de todos los espectáculos públicos, requebrando al paso a las modistas y a las damas de vida airada (1848: 385).

La calle Alcalá, la Puerta del Sol «cronicón viviente de las costumbres y sucesos de nuestro país», en el decir de Manuel del Palacio (1873: 9)-, la Carrera de San Jerónimo, la Plaza de Oriente, la calle de Toledo, El Retiro, el Paseo del Prado, etc., son lugares que ofrecen una agradable diversión a propios y forasteros con su trasiego ininterrumpido de personas y carruajes. En estas arterias se condensan animados cafés -La Iberia, El Suizo, El Imperial, Lardhy, La Fontana de Oro, la Cervecería Inglesa-, concurridos teatros -El Príncipe, La Zarzuela, El Teatro Real-, casinos y círculos -Casino del Príncipe, Círculo de Extranjeros-, escenarios por donde las damas de la época pasean luciendo sus mejores galas, pero que también son testigos mudos de manifestaciones pacíficas, de violentos motines o del paso de comitivas regias y fervorosas procesiones, acontecimientos que se dan cita en estas principales arterias y que se convierten por tanto en encuentro obligado para aquellos que quieren estar al corriente de los sucesos que se producen en la vida y corte de Madrid, tal como señala Fernando Santoyo respecto a la Carrera de San Jerónimo:

Has de saber, y esto no te asombre, forastero anónimo, que no hay suceso fausto infausto, ni acontecimiento de más o menos importancia de cuantos en Madrid acontecen con sobrada frecuencia que no se refleje en el acto con mayor o menor exactitud en la Carrera de San Jerónimo (1873:438).

No es extraño encontrar párrafos similares al anterior, ponderando el atractivo espectáculo que ofrecen algunos lugares públicos, como se manifiesta en los artículos dedicados a los jardines del Retiro, paseo al que concurre desde la humilde modistilla hasta las damas de alta alcurnia. Lugar preferido, al igual que el Paseo de Recoletos, por el cursi, ese tipo de ilustre tradición literaria que tanto protagonismo alcanza en la literatura del último tercio de siglo y que se caracteriza por la falsedad de su apariencia, por su afán de presumir de una elegancia o refinamiento de la que carece. Artículos que, además de dar cuenta de la historia del recinto, trazan la fisonomía actual del mismo, describiendo los espectáculos públicos que brindan a aquellos que allí acuden. Muy significativo en este sentido es el cuadro de Adolfo Mentaberry, ya que ofrece una detallada pintura de los espectáculos líricos, dramáticos y bufos que se representaban en él desde 1868. Espectáculos nocturnos que abarcan dos tipos de representaciones, pues mientras los miércoles y sábados tenían lugar conciertos en los que sonaba las melodías de Hayden, Bellini, Thomas o Gounod, los demás días, los días de ordinario, «se cantan zarzuelas bufas, se representan revistas de actualidad y se baila el *can-can* alternando con el fandango, el bolero y otras danzas nacionales» (1873: 280). El autor se detiene en la descripción del atrayente espectáculo que para los concurrentes ofrece el sexo femenino: «da atracción mágica de los hechizos que lucen mil lindas mujeres ricamente prendidas, con trajes vaporosos, lazos flotantes y flores en el pelo, recostadas con perezosa coquetería en los bancos y sillas que ocupan toda la extensión del circuito» (1873: 263), jóvenes de la aristocracia que se sitúan en el sitio más visible, rodeadas siempre por una corte de galanes, y que no dudan en acudir también a esos espectáculos repletos de bromas picantes, chistes burdos, canciones de subido color y bailes atrevidos que el público aplaudía con verdadera fruición los días de ordinario. Dentro de este recinto también cabe destacar su zoológico, uno de los puntos imprescindibles que hay que mostrar a los recién llegados a Madrid y

que, en ocasiones, se utiliza para denunciar la inoperancia del Ayuntamiento³ o para censurar el comportamiento de los políticos, como se patentiza en el acertado cuadro de Vital Aza, «Las fieras del Retiro», donde se establece un cómico paralelismo entre el comportamiento de los monos en su jaula y el de los diputados del momento:

Lo mismo que sucede en la jaula de los monos, ocurre en la política de nuestro país. Todos corren, se arañan y se persiguen por llegar a conseguir sus deseos. Con la facilidad que uno de aquellos monos saltaba desde el suelo al trapecio y desde éste al punto más elevado posible, con la misma facilidad, digo, salta un político en España desde periodista a gobernador, y de gobernador a ministro. Lo mismo trepan esos hombres por las gradas de los presupuestos, que los monos por la alambra de su jaula (1873: 298)⁴.

Otro tipo de distracciones gratuitas que ofrecen las bulliciosas y animadas calles madrileñas del último tercio del siglo XIX es la posibilidad de deambular por las calles donde se concentra el comercio y disfrutar de sus cuidados escaparates que muestran las novedades en el vestir o los de los modernos salones de fotografía que ponen al alcance de los visitantes las fisonomías de las más célebre coristas o de destacados oradores del Parlamento o los de las librerías, como la de Durán, que exponen al provinciano las novedades editoriales y carteles, láminas, caricaturas y almanaques recién impresos, comercios que se ubican en la calle de Toledo y sus inmediaciones. Descripción que se aleja de la que tiempo atrás nos ofreció Mesonero en «La calle de Toledo», donde el protagonismo lo ocupa el pueblo llano:

Divertíamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan a aquella calle el aspecto de eterna feria: tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y correrías, tantos barberos, tantas posadas y, sobre todo, tantas tabernas [...] Engolfados en nuestra conversación tropezábamos, cuándo con un corro de mujeres cosiendo al sol, cuándo con un par de mozos durmiendo a la sombra; muchachos que corren, asturianos que retozan; carreteros que descargan a las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas una en otra y cargadas de paja que impiden la travesía; aquí una disputa de castañeras; allí una prisión de rateros; por este lado un relevo de guardias; por el otro un entierro solemne (1967: I, 47).

La descripción de estos modernos establecimientos que nos ofrecen, por ejemplo Antonio Flores «Los escaparates» (1893: II, 319-326)⁵ o A. Sánchez Pérez «Distracciones baratas» (1973: 359-370)-, no impide que el lector se cuestione el avance social, pues en sus alrededores, como se constata en el último artículo mencionado, un sinfín de seres desarraigados ofrecen, a cambio de unas monedas, unas veces el lamentable espectáculo de

³ Recordemos, por ejemplo, los cuadros de Palacio Valdés, donde con humor y sarcasmo denuncia el lamentable estado en que se encuentran las fieras del Retiro, famélicas y a merced sólo de la generosidad de los visitantes, por el descuido e inoperancia de sus responsables.

⁴ Dado el interés de la comparación, reproducimos el resto del fragmento: «[...]El alegre *titi* que satisfecho desenvuelve el cartuchito de almendras que una mano caritativa le arroja, representa al que lanzado en el palenque político se encuentra de pronto con una credencial de cuarenta mil reales de sueldo; así como el infeliz cuadrumano que al creer saborear una exquisita avellana, se encuentra chasqueado por detestable acíbar, es el exacto retrato del que, aguardando con ansia un ascenso, se desespera al recibir una horrible e inesperada cesantía. Las mismas luchas que en el interior de aquella jaula observas, por ver cuál de ellos, burlando a sus perseguidores, llegaba con más habilidad o más destreza a un punto muy elevado, verás las igualmente en la política de España y el partido que orgulloso un día llega, por cualquier circunstancia, a encumbrarse en el poder, se halla perfectamente representado por aquel mono que en el punto más alto de la jaula saltaba de júbilo al ver satisfecho su deseo de hacer sonar la vibradora campanilla», (Vital Aza, 1893: 298).

⁵ Recordemos que tempranamente, en 1832, Mesonero Romanos había dedicado al análisis del concurrido comercio madrileño un artículo, titulado precisamente «Las tiendas» y que apareció en *Cartas Españolas*.

sus deformidades físicas y otras, el elixir mágico que asegura la curación instantánea de todo tipo de dolencias. Sánchez Pérez también sitúa entre esas distracciones baratas que ofrecen entretenimiento a forasteros y residentes en Madrid la apertura de Cortes, las paradas militares en el Prado o las recepciones oficiales en la plaza de Palacio, circunstancias que también motivaron la publicación de algunos artículos de costumbres, como los debidos a Antonio Flores «La apertura de Cortes» (1893: II, 184-190) o a Manuel del Palacio, *Un día de gran parada* (1873: 277-285), artículo, este último, en el que su autor, evidentemente poco partidario de tales exhibiciones militares, caricaturiza el ajetreo desplegado en la preparación de un desfile militar. Con gracejo y sentido del humor va trazando el movimiento de tropa y mando. Así, describe cómo un acto que se va a llevar a cabo a las dos de la tarde se convierte en una auténtica tortura para sus protagonistas, pues aunque el ministro de la Guerra ha ordenado la formación de la tropa con cuatro horas de antelación, los jefes de cuerpo la adelantan en aras de una mayor precisión, de suerte que a las seis de la madrugada el cuartel está ya en plena actividad. La tropa levantada y cabos y sargentos revisan minuciosamente la pulcritud de los soldados y sus uniformes. Los jefes y oficiales se visten con desgana, cansados de la repetición sistemática de estos desfiles, con la excepción de algún teniente o alférez recién incorporado que desea exhibir su vistoso uniforme de gala. Para el autor los peor parados son los asistentes, ya que además de cargar con el pesado *chopo*, denominación con que se conocía el fusil de la época, estaban obligados por la ordenanza a vestir una estrecha levita, convirtiéndose el desfile para ellos en un auténtico calvario. Eduardo del Palacio admite que las paradas militares ofrecen un espectáculo grato a los ojos de los visitantes de Madrid, pues el cromatismo vivo de los uniformes de gala, la música, la solemnidad del acto y el desfile de autoridades constituye un espectáculo inusual para el residente en cualquier lugar de España. Sin embargo, para el autor, la parada militar se resume a «apretones, puntapiés, carreras, mucho relumbrón, mucho ruido, mucho calor; algunos soldados de caballería que se reventan cayendo de sus cabalgaduras, alguno que otro robo, varias carreras, unos cuantos bofetones a algún amante demasiado vehemente» (1983: 284).

Por último, sólo destacaremos otra de las diversiones que desde épocas lejanísimas gozaba de gran aceptación no sólo en Madrid, sino en la totalidad de la geografía española. Me estoy refiriendo a las celebraciones que giran alrededor de las fiestas de Carnaval, motivo de honda tradición costumbrista, como se evidencia en un amplio número de artículos que arrancan de la pluma de escritores pertenecientes al siglo XVII, como Juan de Zabaleta, autor del célebre artículo titulado «Costumbres españolas del siglo XVII. El domingo de Carnestolendas». Solo como botón de muestra cabe mencionar «El Martes de Carnaval y el Miércoles de Ceniza» de Mesonero Romanos publicado en el *Semanario Pintoresco Español* el 17 de febrero de 1839, «Costumbres populares –carnaval», de Antonio Flores (1893: 447-454), «Costumbres populares. Lances de Carnaval» de Vicente de la Fuente (1843: 116-118), «El carnaval de Madrid» de Pedro Antonio de Alarcón (1882: 297-308), «Recuerdo del Carnaval» de L. de T. (1855: 99-100), «Carnestolendas. El entierro de la sardina» de Pedro de Répide (1951: 1131-1135), «El carnaval en el campo» de M. Jiménez (1843: 73-78), «El entierro de la sardina. Ceniza» de D. Gómez de Cádiz (1846: 13-16), «El Carnaval» de Ramón de Navarrete (1855: 51-54) o «El entierro de la sardina» de Salvador Rueda (1891: 4-6). Artículos en los que se describe el placer, el movimiento, la risa, la algazara y la armoniosa música que envuelven a sus participantes, ansiosos por gozar de la diversión. Celebraciones en las que toman parte todos los individuos sin distinción de clases, desde el humilde jornalero a la dama encumbrada; todos, bajo los disfraces de «moros, templarios, griegas, manolas, escoceses, Isabeles de Inglaterra, Franciscos primeros, Moctezumas, Reinas-Católicas, puritanos, Federicos, Raqueles y Semíramis, andan amigablemente del brazo y polkan que se las pelan» (1882: 301). Ambiente de diversión pero que también encierra, como señala Pedro Antonio de Alarcón, el peligro del desorden moral:

A las dos menos cuarto nadie ve más allá de sus narices.- Se ha bebido, se ha perdido la cabeza a fuerza de bailar, se ha dado el alma al diablo, se ha obtenido la cita, se han marchado las tapadas *decentes*, se han confundido en un vértigo febril la mentira y la verdad, y las caretas son inútiles, y los respetos sociales una farsa, y los desconocidos se tutean, y las feas parecen hermosas, y todos gritan, todos bailan, todos sueñan, todos reducen el pasado y el porvenir a aquel instante pasajero de locura y fascinación (1882: 303).

Es evidente que todas estas fiestas, celebraciones y diversiones que hemos enumerado referidas, especialmente, a la villa y corte de Madrid, constituyen un material de singular interés, pues en él se amalgama y engarza de manera fructífera la literatura y el folklore con la pequeña anécdota del protagonista de la historia del siglo XIX: el pueblo español. Una sociedad compleja, sin relieve, cuyos hechos y costumbres, tal como señalara Galdós en repetidas ocasiones desde sus *Episodios Nacionales*, dan realce y fisonomía al modo de ser que caracteriza al español de este momento histórico.

BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN, Pedro Antonio, «El Carnaval de Madrid», en *Cosas que fueron*, Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello, 1882, pp. 297-308.

ALCALDE DEL RÍO, «A la romería», en *Escenas cántabras. Primera serie*, Torrelavega, Antonio Fernández, impresor, 1914, pp. 280-281.

ANÓNIMO, «Una romería en las montañas de Santander», *Semanario Pintoresco*, 33 (1844), pp. 258-261.

AZA, Vital «Las fieras del Retiro», en *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo. Madrid en camisa. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores*, Madrid. A de San Martín y Agustín Jubera, 1873, pp. 287-300.

BÉCQUER, Gustavo Adolfo, «La Semana Santa en Toledo», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 299-304.

BLASCO, Eusebio, «La playa de Recoletos», *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 927-929.

CARRERAS Y CANDI, F., *Folklore y costumbres de España*, Barcelona, Casa Editorial Alberto Martín, vol. 1931.

CORTADA Y SALA, Juan, «Octava del Corpus», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 129-137.

CORTÁZAR, Eduardo de, «En San Antón», *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo. Madrid en camisa. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores*, Madrid. A de San Martín y Agustín Jubera, 1873, pp. 427-436.

CUEVAS, «A San Andrés», en *Recuerdos de antaño*, Madrid, Revista de Navegación y Comercio, 1893, pp. 203-213.

CUETO, Leopoldo Augusto de, «La mujer de Guipúzcoa», en *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas. Tales como son en el hogar doméstico, en los campos, en las ciudades, en los templos, en los espectáculos, en el taller y en los salones. Descripción y pintura del carácter, costumbres, trajes, usos, religiosidad, belleza, defectos, preocupaciones y excelencias de la mujer de cada una de las provincias de España, Portugal y América, e ilustrada por los más notables artistas españoles y portugueses*, Madrid-La Habana-Buenos Aires, Imprenta y Librería de D. Miguel Guijarro, editor., 1872-1873 y 1876, I, pp. 251-268.

DÍAZ DE BENJUMEA, Nicolás, «Semana Santa en Sevilla», en *Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos pintados por sí mismos. Colección de tipos y cuadros de costumbres populares de España, Portugal y América, escritos por los más reputados literatos de estos países, bajo la dirección de don Nicolás Díaz de Benjumea y don Luis Ricardo Fors, ilustrada con multitud de magníficas*

láminas debidas al lápiz de don Eusebio Planas, Barcelona, Establecimiento de Luis Ricardo Fors, s.a. [1882], pp. 104-113, 183-191 y 308-317.

DUQUE Y MERINO, Demetrio, «Una romería», *El Atlántico*, 2-8-1888.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, Serafín, «La rifa andaluza», en *Escenas andaluzas*, en *Vida y obra de D. Serafín Estébanez Calderón*, «*El Solitario*», Jorge Campos (ed.), Madrid, Atlas, 1955, I, pp. 139-144.

FLORES, Antonio, «Verbenas», *El Laberinto*, 1844, p. 220.

..... «La Puerta del Sol en 1800», en *Ayer, hoy y mañana o la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales pintados a puma por.*, Barcelona, Montaner y Simón, editores, T. I, 1893, pp. 37-50.

..... «Los escaparates», *Ayer, hoy y mañana o la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales pintados a pluma por.*, Barcelona, Montaner y Simón, editores, T. II, 1893, pp. 319-326.

..... «Costumbres populares –carnaval–», *Ayer, hoy y mañana o la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales pintados a puma por.*, Barcelona, Montaner y Simón, editores, T. II, 1893, pp. 447-454.

..... «La apertura de Cortes», *Ayer, hoy y mañana o la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales pintados a puma por.*, Barcelona, Montaner y Simón, editores, T. II, 1893, II, pp. 184-190.

FRONTAURA, Carlos, «La mujer de Oviedo», *Las Mujeres españolas portuguesas y americanas*, *op.cit.*, Vol. II, pp. 251-268.

FUENTE, Vicente de la, «Costumbres populares. Lances de Carnaval», *Semanario Pintoresco Español*, 1843, pp. 116-118.

..... «La bajada del Ángel», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 75-77.

GÓMEZ DE CÁDIZ, D., «El entierro de la sardina. Ceniza», *El Español*, 40 (2-3-1846), pp. 13-16.

GRILO, Antonio F., «La verbena. Cuadro popular», en *Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos pintados por sí mismos. Colección de tipos y cuadros de costumbres populares de España, Portugal y América, escritos por los más reputados literatos de estos países, bajo la dirección de don Nicolás Díaz de Benjumea y don Luis Ricardo Fors, ilustrada con multitud de magníficas láminas debidas al lápiz de don Eusebio Planas*, Barcelona, Establecimiento de Luis Ricardo Fors, s.a. [1882], pp. 69-76.

GUTIÉRREZ SOLANA, José, «Romería de San Isidro», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 1160-1161.

JIMÉNEZ, M., «El Carnaval en el campo», *Semanario Pintoresco Español*, 1843, pp. 73-78.

L. de T., «Recuerdo del Carnaval», *Semanario Pintoresco Español*, 1855, pp. 99-100.

LAFUENTE, Modesto, «El paseo de Atocha», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, pp. 24-27.

..... «Madrid en 1850 o aventuras de Don Lucio Lanzas», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, pp. 29-31.

MANJARRÉS, José de, «La rifa andaluza», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 131-133.

..... «Agosto. Día 15», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 134-138.

MENTABERRY, Adolfo, «Los jardines del Retiro», en *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo. Madrid en camisa. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores*, Madrid. A de San Martín y Agustín Jubera, 1873, pp. 255-264.

MESONERO ROMANOS, Ramón, «El martes de Carnaval y el miércoles de Ceniza», *Semanario Pintoresco Español*, 1839, pp. 51-54.

.... «La romería de San Isidro», en *Obras de Don Ramón de Mesonero Romanos*, Carlos Seco Serrano (ed.), Madrid, Atlas, Vol. I, 1967, pp. 62-65.

.... «La calle de Toledo», en *Obras de Don Ramón de Mesonero Romanos*, Carlos Seco Serrano (ed.), Madrid, Atlas, Vol. I, 1967, pp. 45-48.

.... «El Prado», en *Obras de Don Ramón de Mesonero Romanos*, Carlos Seco Serrano (ed.), Madrid, Atlas, Vol. I, 1967, pp. 76-81.

.... «Paseo por las calles», en *Obras de Don Ramón de Mesonero Romanos*, Carlos Seco Serrano (ed.), Madrid, Atlas, Vol. I, 1967, pp. 217-221.

.... «El observatorio de la Puerta del sob», en *Obras de Don Ramón de Mesonero Romanos*, Carlos Seco Serrano (ed.), Madrid, Atlas, Vol. II, 1967, pp. 9-12.

MOJA Y BOLÍVAR, Federico, «La romería de San Isidro», en *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo. Madrid en camisa. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores*, Madrid. A de San Martín y Agustín Jubera, 1873, pp. 155-166.

NAVARRETE, Ramón de, «El Carnavab», *Semanario Pintoresco Español*, 1855, pp. 51-54

NEIRA DE MOSQUERA, Antonio, «Personas que impiden el paso en las aceras de Madrid», *Semanario Pintoresco Español*, 1848, pp. 385-386.

OLAVARRÍA, A., «Fin de la romería», *Campoo*, 1895.

PALACIO, Manuel del, «La Puerta del Sol», en *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo. Madrid en camisa. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores*, Madrid. A de San Martín y Agustín Jubera, 1873, pp. 9-14.

..... «Un día de gran parada», en *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo. Madrid en camisa. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores*, Madrid. A de San Martín y Agustín Jubera, 1873, pp. 277-285.

PALACIO VALDÉS, Armando, «El Retiro de Madrid», *Aguas Fuertes. Novelas y cuadros*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fe, 1884, pp. 5-40,

..... «El paseo de Recoletos», *Aguas Fuertes. Novelas y cuadros*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fe, 1884, pp. 167-172.

..... «La Castellana», *Aguas Fuertes. Novelas y cuadros*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fe, 1884, pp. 173-180.

PEPÍN, «Una romería de mi tierra», *La Tierra*, 22 (18-11-1906).

PEREDA, José María de, «La romería del Carmen», en *Tipos y paisajes*, Salvador García Castañeda (ed.), Santander, Tatín, 1989, pp. 253-263. Vol. I. de *Obras Completas* a cargo de Anthony H. Clarke y de José Manuel González Herrán.

PÉREZ GALDÓS, Benito, «Madrid y los Isidros», en *Fisonomías sociales. Obras inéditas de Benito Pérez Galdós*, Alberto Ghirardo (ed.), Madrid, Renacimiento, 1923, pp. 154-159.

RÉPIDE, Pedro de, «Carnestolendas. El entierro de la sardina», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 1131-1135.

RUEDA, Salvador, «El entierro de la sardina», *Blanco y Negro*, 1 (10-5-1891), pp. 4-6.

..... «Las cofradías de madrugada», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 841-857.

SÁINZ DE ROBLES, Federico Carlos, «La Paloma», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, II, pp. 1284-1285.

..... «San Isidro», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, pp. 1285-1290.

SALAZAR, Enrique de, «La fiesta del Santo», en *Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos...*, pp. 662-687.

SÁNCHEZ PÉREZ, Antonio, «Distracciones baratas», en *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo. Madrid en camisa. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores, Madrid. A de San Martín y Agustín Jubera, 1873*, pp. 359-370.

SANTOYO, Fernando, «La Carrera de San Jerónimo», en *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo. Madrid en camisa. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores, Madrid. A de San Martín y Agustín Jubera, 1873*, pp. 437-446.

SEGURA, Fernando, «Fin de la romería», *Campoo*, 4-7-1895

SEPÚLVEDA, Ricardo, «La romería de San Isidro», en *Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos pintados por sí mismos. Colección de tipos y cuadros de costumbres populares de España, Portugal y América, escritos por los más reputados literatos de estos países, bajo la dirección de don Nicolás Díaz de Benjumea y don Luis Ricardo Fors, ilustrada con multitud de magníficas láminas debidas al lápiz de don Eusebio Planas*, Barcelona, Establecimiento de Luis Ricardo Fors, s.a. [1882] pp. 57-462.

ZABALETA, Juan de, «Santiago el Verde en Madrid», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, I, 245-251,
..... «El Trapillo», en *Costumbristas españoles*, Evaristo Correa Calderón (ed.), Madrid, Aguilar, 1951, I, pp. 251-255.